

El don que pervive

PRIMAR Y PREMIAR LA CALIDEZ

Teddy Stallard era sin duda "el peor": sin interés por la escuela, descuidado, con la ropa siempre arrugada, siempre despeinado, uno de esos chicos del colegio de cara impasible, mirada inexpresiva, fría y distraída. Cuando la señorita Thompson le hablaba, Teddy siempre respondía con monosílabos. Poco atractivo, sin motivación, actitud distante, no resultaba fácil quererlo.

Aunque su maestra decía que quería a todos los de la clase por igual, en su interior no era totalmente sincera. Cada vez que corregía los trabajos de Teddy experimentaba cierto placer perverso poniendo una "x" al lado de las respuestas incorrectas. Debería haberlo pensado un poco más. Tenía el dossier de Teddy y sobre él sabía más de lo que quería admitir. En el dossier estaba escrito: 1º grado: "Teddy promete en su trabajo y su actitud, pero tiene una mala situación familiar"; 2º grado: "Teddy podría dar más. La madre está muy enferma. Recibe poca ayuda de su casa"; 3º grado: "Teddy es un buen chico pero demasiado serio. Aprende lentamente. Su madre murió el curso pasado"; 4º grado: "Teddy es muy lento, pero se porta bien. Su padre muestra poco interés por él".

Llegó Navidad, y los alumnos de la clase de la señorita Thompson trajeron los regalos correspondientes. Los apilaron sobre la mesa y se agolparon alrededor para ver cómo los abría. Entre los regalos estaba el de Teddy Stallard. Estaba envuelto en papel marrón y pegado con cinta adhesiva. Sobre el papel simplemente estas palabras: "Para la Srta. Thompson, de Teddy". Ella se sorprendió de que le hubiera llevado un regalo. Cuando lo abrió, apareció una pulsera recargada de piedras falsas a la cual le faltaban la mitad de las cuentas, y un frasco de perfume barato»".

Los otros chicos empezaron a burlarse de los regalos de Teddy, pero la señorita Thompson tuvo por lo menos suficiente sentido común como para hacer que se callaran de inmediato poniéndose la pulsera y echándose un poco de colonia en la muñeca. Levantó la mano para que los demás chicos olieran y dijo: "¡Huele muy bien!". Y los chicos, guiados por la maestra, rápidamente coincidieron con "ahhhs" y "ohhhs".

Al final del día, cuando terminó la clase, y los otros chicos se habían ido, Teddy se acercó a la mesa y dijo: «Señorita Thompson... Señorita, huele igual que mi madre... y la pulsera de ella le queda realmente muy linda también. Me alegra que le gustaran mis regalos".

Cuando Teddy se hubo ido, la señorita Thompson se arrodilló y le pidió perdón a Dios.

Al día siguiente, cuando los chicos llegaron al colegio, los recibió una maestra nueva. La señorita Thompson se había convertido en otra persona. Ya no era sólo una maestra, era un ángel de Dios. Había pasado a ser una persona empeñada en querer a sus chicos y en hacer por ellos cosas que trascendieran su presencia. Ayudaba a todos sus alumnos, pero especialmente a los más lentos, y sobre todo a Teddy Stallard. A finales del curso lectivo, Teddy había mejorado notablemente. Estaba a la altura de la mayoría de sus compañeros y hasta aventajaba a algunos.

Durante mucho tiempo no supo nada de Teddy. Un día recibió una nota que decía: Querida Señorita Thompson: Quería que fuera la primera en saberlo: Voy a terminar segundo de la clase. Cariños, Teddy Stallard.

Cuatro años después, llegó otra nota: Querida Señorita Thompson: Acaban de decir que soy el primer promedio de mi promoción. Quería que lo supiera antes que nadie. La universidad no fue fácil, pero me gustó. Cariños, Teddy Stallard.

Y cuatro años más tarde: Querida Señorita Thompson: Ahora ya soy Theodore Stallard, médico. ¿Qué le parece? Quería que usted fuese la primera en saber que me caso el mes que viene, el 27 para ser más exacto. Quiero que venga y se siente donde se habría sentado mi madre si viviera. Usted es mi única familia ahora. Papá murió el año pasado. Cariños, Teddy Stallard.

La señorita Thompson fue a la boda y se sentó donde se habría sentado la madre de Teddy. Merecía sentarse allí: había hecho por Teddy algo que él no olvidaría nunca.